

## 22° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 19.09.2013

“...en la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto...” (RB 7,63).

El huerto del monasterio es el jardín en el que idealmente la comunidad monástica comienza a trabajar, comienza a manipular la realidad para darle una forma y una productividad que expresan directamente la naturaleza y el fin de una casa consagrada a la obra de Dios. Es un espacio claustral o, de todos modos, unido al edificio monástico. La tradición monástica ha amado siempre meditar sobre el tema del jardín claustral, del “*hortus conclusus*”, que se inspira en el Cantar de los Cantares en el que el esposo dice a la amada: “Jardín cerrado eres tú, hermana mía, esposa mía, manantial cerrado, fuente sellada” (Ct 4,12). Sabemos que esta expresión ha sido utilizada después por la liturgia para cantar la perpetua virginidad de la Madre de Dios.

Los monasterios medievales amaban crear este espacio, este jardín cerrado, no visible e inaccesible desde el exterior, en el que se cultivaban también verduras y hierbas medicinales, y que ofrecía un espacio de silencio y oración al aire libre, pero protegido del ruido y de la gente. Con frecuencia, este jardín ha coincidido después con el jardín del claustro.

Lo que me parece importante subrayar es la idea de que este jardín o huerto, era el primer espacio externo con respecto al oratorio e, idealmente, el primer espacio natural en el que irradiar el *opus Dei* de la oración común. Idealmente, o simbólicamente, lo debemos entender como el espacio en el que la obra de Dios del Oficio divino se comunica a la obra del hombre, se expresa en la obra del hombre, como trabajo, como *opus manuum*, como obra manual. Repito, considero aquí el huerto como espacio simbólico en el que podemos incluir todos los espacios de trabajo dentro de la clausura del monasterio: la cocina, la enfermería, la biblioteca, etc.

La idea de *hortus* nos ayuda a concebir cada espacio de trabajo como espacio en el que el monje, la monja, regresa a la dimensión original paradisíaca de nuestra relación con la realidad, a partir de la obra de Dios que nos restablece en la adopción filial.

El paraíso terrestre es literalmente un *jardín* terrestre, un huerto. Es el espacio incorrupto en el que Dios ha colocado a Adán para trabajar en el clima de íntima amistad con su Creador: “Entonces el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente. El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. (...) El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara” (Gen 2,7-8.15).

Es como si el jardín del Edén fuese el hábitat en el que el hombre pudiese vivir y actuar como criatura que respira el aliento de vida del Señor. El Edén es el espacio de vida y de trabajo en el que el hombre puede vivir su naturaleza de imagen de Dios, de amigo de Dios.

La comunión con Dios es la verdadera belleza del Edén o, mejor: en el jardín del Edén se refleja la belleza de la amistad entre Dios y el hombre, una amistad que no es celosa, porque Dios crea pronto a la mujer para que el hombre no esté solo (cfr. Gén 2,18.22).

En el Edén, Dios mismo va hasta a pasear; en efecto, tras el pecado, Adán y Eva “oyeron el ruido de los pasos del Señor Dios que paseaba en el jardín con la brisa del día” (Gén 3,8).

Con el pecado, el hombre y la mujer han perdido esta dimensión. La han perdido en la relación con Dios, en la relación entre ellos, y en el obrar sobre la realidad, es decir, en el trabajo. Todo se ha como separado del soplo de vida de la amistad con el Señor.

Jesucristo ha venido a rescatar el jardín perdido. En Getsemaní, en el jardín de la Resurrección, el jardín nuevo de la intimidad de Jesús con el Padre, con los discípulos, con María Magdalena, se renueva el espacio en el que podemos vivir, amar y trabajar expresando el “soplo de vida” que recibimos del Señor, aquel soplo que Jesús, la tarde de su Resurrección alienta sobre sus discípulos encerrados en el Cenáculo por el miedo y la culpabilidad (Jn 20,22).

El huerto, el jardín, el paraíso que Cristo, muerto y resucitado, restablece por nosotros es, por lo tanto, el espacio humano de vida y de trabajo, decaído y convertido en una pena con el pecado original, en el que podemos recomenzar a vivir animados por el Espíritu Santo, animados por la comunión de Dios y con Dios.

Así, en cierto sentido, el Oficio divino en el oratorio del monasterio se convierte para nosotros como en el momento en el que Adán recibe de nuevo la Palabra que lo crea y el Soplo de la vida divina que lo anima, para poder vivir en el espacio de vida y de trabajo que Dios nos da, simbolizado por el jardín, como hijo y amigo del Señor. Esta es la irradiación que el *opus Dei* debería tener allí donde en el monasterio comienza la obra del hombre, seguidamente después de la obra de Dios: precisamente, en el huerto, en el jardín inmediatamente unido al oratorio del monasterio. Normalmente, el jardín del claustro es el espacio que encontramos nada más salir de la iglesia. Es una posición simbólica que nos debe educar a ir de la oración al trabajo pasando de la obra de Dios a la obra del hombre, o, más bien, irradiando la obra de Dios en la obra del hombre.

Ahora bien, este “*hortus conclusus*” del monasterio es también en la tradición el lugar de la belleza, de una belleza cuidada. No es la belleza natural de los campos, de los pastos, sino la belleza de un jardín en el que el hombre colabora con el Creador, con la naturaleza, para hacer hermoso el espacio de su vida. El jardín es el espacio de trabajo y de vida en el que la belleza de la amistad, restablecida de nuevo con Dios, se expresa, da forma al espacio, a las cosas, a las piedras, a los vegetales.

Este es un aspecto de la vida monástica y cristiana que no debemos descuidar. Un monasterio feo, descuidado, en el que se piensa que por estar consagrados a Dios se pueda, aún más, se *deba* vivir en la fealdad, en el descuido del lugar, quizá en nombre de la pobreza, en realidad, es un monasterio en el que no se prefiere a Cristo, en el que Cristo no es el Esposo del alma, no es el Amigo con el que vivir. Esos monasterios que parecen cuarteles grises, traducen una concepción del monacato como vocación de esclavos, de militares, sin personalidad, sin corazón.

La fealdad no es una virtud, no es pobreza y sencillez. Porque la belleza que se irradia de la relación de amor con el Señor, es una belleza que consigue expresarse también con los medios más sencillos, con tres flores, una toalla limpia, con un cubo de agua y un poco de jabón, con un poco de pintura blanca en los muros, con un trapo que quita el polvo, una escoba que quita las telarañas, arrancando algunas hierbas del camino del jardín, cortando la hierba del prado, eliminando alguna estatua cursi de yeso o de plástico dejada por las monjas 70 años atrás...

Me quedo asombrado, siempre que visito los monasterios medievales, de cómo hacían hermoso cada espacio, incluso los establos. Se nota, que precisamente para ellos no existía dicotomía entre la oración y la vida, entre el Oficio divino y la realidad, entre la obra de Dios y la obra del hombre. Todo estaba ligado por la armonía de un solo amor, por la preferencia de Cristo que se expresaba en cada detalle de la vida.

¿Existe este “huerto” de belleza en nuestra vida? ¿En nuestros monasterios? ¿Lo trabajamos? ¿Lo construimos de nuevo, cada día, como una esposa enamorada cambia cada día las flores del vaso, o una mamá prepara cada día, con el mismo cuidado y el mismo afecto, la mesa de la familia? ¿Es nuestra vida, nuestro monasterio, este jardín de belleza que, como la Virgen María, simbolizada por la luna, refleja y expresa la belleza y la luz de Cristo en el mundo?

“La belleza salvará al mundo”, afirma el príncipe Miškin en el *Idiota* de Dostoyevski. A veces me pregunto si nosotros los monjes y las monjas somos lo suficientemente conscientes de esto. Pero es una conciencia que debemos educar en nosotros, dejarnos educar, con la “idiotez” de la humildad, a fin de que la belleza de Cristo pueda salvar no solo el mundo, sino también nuestra vocación y nuestra tarea en el mundo.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*